

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS ARTES Y NOTICIAS.

DIRECTOR: D. LUIS ESCUDERO.

Año IV.

Madrid.—Lunes 30 de Noviembre de 1863.

Núm. 45.

SUMARIO.

Revista general de la semana por X.—*El Mundo*, por J. Selgas.
Alberoni, conclusion, por M. Juderías Bender.—*Nueva máquina sembradora*.—*A Quintana*, poesía, por N. Campillo.—*A. J. P.*, por G. Bueno.—*Observaciones sobre la mendicidad*.

REVISTA GENERAL DE LA SEMANA.

Con grande interés y no poca estrañeza se observa por algunos el modo como la prensa austriaca, trasformada súbitamente, afronta hoy la cuestion danesa que juzgaba tan grave y tan complicada ayer. *La Presse* de Viena, cuyas sobrescitaciones belicosas son harto conocidas, arrostra con sangre fría el conflicto y le reduce á proporciones inofensivas.

El nuevo rey de Dinamarca, segun el citado periódico, ha olvidado por completo las indicaciones de las grandes potencias alemanas y puesto en vigor la Constitucion que la muerte habia impedido refrendar á su predecesor. Este acto solo, coloca en la escena al duque Federico de Augustenburgo, que disputa á Christian IX su derecho de sucesion á los ducados alemanes, y cambia de una manera visible el aspecto de la cuestion alemana, que amenaza hoy llegar á ser una complicacion europea de las mas graves.

Por el pronto no podrá hacerse asunto de ejecucion federal, tal como habia sido dictada hace algun tiempo, respecto al duque de Holstein-Lanenburgo, pues ante todo debe tenerse en cuenta, que Federico VII reinaba en los ducados en virtud de un orden de sucesion reconocido por la Confederacion germánica, mientras que su sucesor ha llegado á ser rey de Dinamarca en virtud del protocolo de Londres, el cual no ha sido reconocido en ningun tiempo por la Confederacion germánica; si esta quisiese pasar ahora á la ejecucion federal, tendria precision de reconocer, por solo este hecho, á Christian IX como á duque de Schleswig-Holstein-Lanenburgo. Esta ejecucion, pues, no puede llevarse á cabo, al menos por ahora.

Sin embargo, no debe creerse por lo que llevamos dicho, que los derechos del duque Federico de Augustenburgo sean tan manifiestos y reconocidos como pudieran juzgarse á primera vista y como se reconocen en el acta de su proclamacion en el Holstein. El jefe de la casa de Augustenburgo, padre del pretendiente actual, ha renunciado á sus pretensiones sobre el Schleswig-Holstein para si y

para sus hijos menores, en favor de la casa reinante de Dinamarca, bajo condicion, segun hemos dicho ya en una de las anteriores revistas, de que habia de pagársele por sus bienes una suma de tres millones de thalers.

Este contrato fué llevado á cumplido término, y el derecho de sucesion del duque de Augustenburgo es por esta razon tan contestable, como lo es para los enemigos del protocolo de Londres el de Christian IX.

Este gravísimo asunto se presta aun á otras consideraciones. En un protocolo firmado en Varsovia el 5 de junio de 1854, entre los plenipotenciarios de Rusia y de Dinamarca, renunció la primera de estas naciones, en su nombre y en el de las ramas de Wasa y Oldenburgo, á sus derechos eventuales sobre el Holstein en favor de Federico VII, renuncia que forma la base del orden de sucesion adoptado mas tarde por el protocolo de Londres.

Supongamos por un momento, que este no sea reconocido por la Confederacion germánica, y que en Francfort se deniegue á Christian IX el derecho de intitularse duque de Schleswig-Holstein, entonces, pudiera suceder muy bien que la Rusia avivase sus pretensiones sobre el Holstein-Gottorp, y como la Rusia sabe obrar cuerda y prudentemente cuando la conviene ó es preciso, y la distancia de Cronstadt á las costas del Holstein no es tampoco muy desmesurada quizás la Europa veria el dia menos pensado aparecer una flota rusa en el puerto de Kiel, para reclamar una parte del Holstein en nombre de Alejandro II.

Sucedalo que quiera, siempre esta cuestion será en nuestro concepto una de las mas embarazosas de resolver. Difícil para la Alemania, cuyas grandes potencias han firmado el protocolo de Londres, difícil para la Confederacion germánica á la que nada obliga á reconocer dicho protocolo, difícilísima en fin para la Inglaterra que tiene necesidad de manejar la Alemania, y que de ningun modo podria permitir que la incomparable estacion marítima de Kiel cayese nunca entre las manos de la Rusia.

Cuantas observaciones dejámos apuntadas revelan en nuestro juicio, el sintoma harto significativo de que el ardor guerrero de ciertos estados de Alemania ha de mitigarse muy en breve.

Ojalá que todos los graves asuntos pendientes en Europa tengan el feliz término que presajiamos desde ahora á la cuestion de los Ducados alemanes!

X...

EL MUNDO.

El mundo es una bola.

Dentro del sentido vulgar de la última palabra del renglón que antecede, se encuentra contenida la definición más exacta y más completa del mundo.

No hay más que llamar especialmente la atención subrayando la palabra *bola*, para que se caiga en la cuenta de la espresiva significación de esa figura.

Encierra la palabra *bola* una verdad física y una verdad moral.

Es á la vez una figura geométrica y una figura retórica.

Es una palabra doblemente intencionada.

El mundo es una bola: así lo pieta la astronomía después de haber tendido sus sábias miradas por la redonda superficie de la tierra.

El mundo es una *bola*: así lo define la triste experiencia sacada del mismo mundo: el mundo es una *bola*, es decir, el mundo es una mentira.

Hay nombres que se salen del *Diccionario* como un desocupado se sale de su casa, y sin saber qué hacerse vienen después de dar muchas vueltas á caer por gracia ó por capricho sobre ideas que no estaban aun perfectamente definidas.

Estos nombres penetran é iluminan el sentido de las cosas como un rayo de sol entra alegre y risueño en una habitación alumbrada por la triste claridad de una lámpara.

Bola: hé aquí una palabra que ha estado rodando largo tiempo por la larga extensión del *Diccionario*, sin descubrir la profundidad de su sarcástico sentido hasta que ha tropezado con el mundo.

De la misma manera el pedernal testarudo ocultó la chispa en sus entrañas duras y frías hasta que el acero tuvo la feliz corriente de salirle al encuentro, ponérsele delante y herirle.

La chocante comunicacion del acero y de la piedra ha producido el luminoso descubrimiento de la chispa; de la relacion superficial del mundo con la *bola* ha saltado á nuestros ojos un rayo de luz.

Hé aquí cómo sin pasar de la superficie del mundo hemos llegado á su mayor profundidad.

El mundo es una mentira.

Para descubrir una mentira es preciso ahondar mucho; porque la mentira es una cosa cuyo secreto consiste en esconderse tenazmente detrás de todas las superficies de la verdad.

Es lo falso que mata á lo cierto y se cubre con su piel.

Los errores no serian temibles si no tuvieran la precaucion de echarse á la calle embozados en el manto de la verdad.

Decidme cómo podría pasar un duro de plomo si antes no se escondiera cuidadosamente dentro de las apariencias de veinte reales.

Habréis observado que me sirvo con frecuencia de la moneda para echar sobre mis pensamientos la claridad de las comparaciones.

Es el único despilfarro que me permito: cada uno tiene su lujo y yo tengo ese: dejo caer de vez en cuando una moneda para que la recoja el transeunte.

Yo conozco muy bien el espíritu literario y filosófico del mundo, y sé que en ningun parte se deja la atención con más em-

peño que en aquellas en que se vé el brillo ó se siente el sonido de un duro.

¿Con qué había de convencernos más pronto y más victoriosamente que presentándonos el testimonio irrefragable, la prueba concluyente de veinte reales?

¿Se vé hoy algo en el mundo con claridad sin la ayuda de esa luz blanca y amarilla que brota del dinero?

Dice este: «El porvenir está muy oscuro.»

Dice aquel: «No ves camino.»

Dice otro: «Mi suerte es muy negra.»

Los tres quieren decir una misma cosa, los tres dicen: «no tenemos un cuarto.»

¿No es el dinero el que nos hace abrir los ojos y cerrar las manos?

¿Qué hombre se atrevería á pensar siquiera sin consultar antes el misterioso oráculo de su bolsillo?

¿Qué es un bolsillo repleto? una fortuna.

¿Qué es un bolsillo vacío? una desgracia.

Poned resueltamente la mano sobre el corazón de la época, que es el negocio, y decidme: ¿hubiera escrito Mr. Ernesto Renan su *vida de Jesus* sin las sugerencias del interés, sin la tentación de la codicia?

¿Cómo se hubiera empeñado en perder el tiempo, cubriendo con el velo de su falsa literatura la divinidad del Hijo de Dios, sino hubiera creído y esperado que iba á descubrir un río de oro?

Gran especulador, ha conocido el inmenso valor de la joya que iba á poner en venta y ha contado de antemano los ignominiosos milloes de su ganancia.

¿Quién había de estudiar el negocio mejor que un sábio?

El mundo es así, y por eso os muestro un duro para que mireis; lo hago sonar para que escuchéis; hablo en plata para que me entendáis.

Basta que sea duro, no importa que sea falso, porque el dinero es la primera mentira del mundo.

Es el brillo con que está dorada esta *bola* que todos nos resistimos á tragar; es el sofisma á cuyo falso impulso *vuelta la bola*.

Es el color, no el cuerpo; es la forma, no la esencia; es el aire, no la vida; es el medio, no el fin.

Es el color porque se disipa; es la forma, porque desaparece; es el aire, porque se escapa; es un medio, porque jamás se llega á la posesion del último duro.

Formalmente no ha dicho nadie todavía «no quiero más.»

No es propiamente dicho una verdad, si lo fuera, lo sería igualmente para todos, y el dinero no es más que para los ricos.

Estraña verdad sería esa que todos la buscan con el mismo afán y solo hay algunos que la encuentran.

El dinero es una apariencia que se deshace al primer mal paso de la fortuna, un poco de humo que se disipa al más ligero soplo de la adversidad, un brillo que se apaga con el solo contacto de la desgracia; es en fin, la perspectiva de la suerte.

Esa es la primera ficcion con que el hombre tropieza al empezar á andar solo por el mundo; al soltar el apoyo de su madre que lo lleva de la mano, se agarra al dinero para no caerse.

Es una creación del hombre, y como todo lo que el hombre crea es falsa.

La verdad es la pobreza, la miseria universal.

Ved cómo á todos los hombres agitándose, codeándose, empu-

jándose, pidiendo dinero, buscando dinero, tomando dinero, como si el mundo no fuera mas que un emjambre de mendigos.

El bolsillo no tiene medida.

Hé ahí la pobre medida de su valor: nunca es bastante.

A todo el mundo le hace siempre falta un duro. ¿Os sonreís? Pues bien, arrojad un bolsillo en medio de la calle, y ved si hay alguien que no quiera recogerlo.

Hemos tomado á la codicia por riqueza, á la necesidad por satisfaccien.

¿Qué es dinero? Una cosa que siempre vale menos de lo que cuesta, un artificio, una superchería, un engaño, en el cual todos hemos convenido.

Estas son las puertas doradas del mundo que tengo delante. Para llamar á ellas, no hay mas que golpearse el bolsillo; si suena, las puertas se abren de par en par; si el bolsillo no suena, las puertas permanecen cerradas.

Por ahí empieza este mundo que vosotras, pobres criaturas que vivís encerradas entre las cuatro tapias de la humilde aldea en que habeis nacido, no conoceis.

Este mundo no ha salvado aun la montaña, el río, el valle con que la naturaleza os tiene sitiadas como si fuera una madre que os rodeara con sus brazos para deteneros.

¡Pobres criaturas! Este manantial de oro no ha dado todavía á fecundar la tierra agradecida de vuestras graciosas huertas.

Esta brillante agitacion, demasiado ocupada, no ha podido ir aun á turbar la dulce paz de vuestra vida risueña.

Esta sabiduría no os ha enseñado aun á mentir y á engañaros.

Esta civilizacion no ha ido todavía á decirnos cómo podeis aborreceros.

Este desesperado bienestar no ha podido aun ir á turbar la tranquilidad de vuestro trabajo ni el sosiego de vuestro sueño.

Esta riqueza no ha llegado aun á revelaros hasta dónde pueden llegar las angustias de la miseria.

Esta vida decrepita no ha podido aun robaros la lozania de vuestra juventud, porque no ha podido manchar la limpieza de vuestras costumbres.

Esta ciencia no ha podido corromper todavía vuestro corazón: esta literatura no ha conseguido aun estraviar vuestros sentimientos.

Este vicio fino, culto, ilustrado aun, no ha llegado hasta vosotras y no ha podido arrancaros las virtudes sencillas y cristianas que anidan en vuestros corazones, como los pájaros alegres anidan en las gallardas copas de los árboles que dan sombra á vuestras humildes viviendas.

Este es el peristilo del mundo que vosotros no conoceis.

Por esa gran puerta se entra en este gran mundo, donde los pájaros están prisioneros en preciosas jaulas, donde las flores son contrabebeas ó viven encerradas en lóbregos invernaderos, creciendo tristemente al enfermizo calor de las estufas, donde cada jardín es un artificio, cada árbol un preso; donde la vegetacion risueña y espontanea huye, deteniéndose á lo lejos como una paloma espantada.

Aquí, donde apenas se vé el cielo, nublado siempre por la soberbia sombra de nuestros magníficos edificios, donde el agua huye precipitada ó salta impetuosa, como si quisiera romper las ligaduras de piedra que la contienen; aquí, donde el aire ahoga y donde la tierra es siempre ó polvo ó lodo; aquí, ¿qué habeis de hacer vosotras?

Sobre este lienzo se desarrollan los variados colores, la movable riqueza de esos pequeños mundos que cada mujer lleva á la espalda, como el saco donde el vicioso lleva sus vicios, y el jorobado su joroba.

¿Abrimos uno de estos mundos?

Es tarde; la pluma se cansa, el papel se acaba, la luz se enturbia y el tiempo impaciente no quiere espelrarse.

Al pie de estos renglones dejo colgada a llave de ese pequeño mundo: otro día lo abriremos.

JOSÉ SELGAS.

ALBERONI.

BOLETO HISTÓRICO.

(Conclusion.)

Hízola el abate una visita por aquellos días, y la obligó con maña á que hablase del asunto que tanto la preocupaba; le fué la princesa enumerando los *candidatos*, y Alberoni comenzó á hacerle objeciones sobre ellos, concluyendo por describirle el carácter de cada uno, y de todos los que en las demás familias reales podían encontrarse a la sazón, no sin decirle al llegar á Isabel Farnesio que era sumisa por condicion y por hábito, sencilla y robusta, como «quien se mantiene de leche y queso parmesano.» Labró la especie en el ánimo de la de Orsini, y sin rectificarla indicó al rey cuán conveniente le sería aquella eleccion, por recaer en persona que, á las gracias con que la habia dotado la naturaleza, unia la ventaja de ser heredera de los estados de Parma, con derechos eventuales á la Toscana, lo cual permitiría en un tiempo no lejano al gobierno español ejercer una gran influencia, ó por mejor decir, recuperar la perdida influencia en Italia. Acogió D. Felipe el proyecto, y quedaron Alberoni y la princesa encargados de los primeros pasos; pero éste exigió de su confidente la mayor cautela en el asunto para no despertar la atencion de Luis XIV. Condujose, en efecto, la negociacion con gran misterio; y cuando hasta la dispensa del Papa estuvo prevenida, marchó á Paris Mr. de Chalais para ir preparando al rey, que nada recelaba; y desempeñó su encargo con tanto acierto que, aunque sorprendido y nada gustoso, respondió, pero de mal talante: *Está bien; que se case, ya que se empeña en ello.*

Pocos días antes de verificarse el matrimonio llegaron á la camarera mayor noticias que eran contrarias á las que de la futura reina le habia dado Alberoni. En efecto, Isabel Farnesio no era la muchacha amasada con leche y queso parmesano que la describió el abate, sino, como dice un historiador, una jóvan' viva, intrépida, astuta, versada en idiomas, aficionada á la historia, á la política y á las bellas artes; imperiosa, altiva y ambiciosa de mando; disimulada, circunspecta y flexible por cálculo á los gustos y caprichos de la persona á quien le convenia dominar. Juzguese, pues, de la turbacion de la princesa al recibir estos antecedentes de la que dentro de poco habia de ser su reina. Intentó, entonces, entorpecer la realizacion del matrimonio, despachó al efecto un correo á Parma; pero advertido con tiempo el gobierno ducal, fué preso á su llegada y el casamiento se verificó. Púsose en camino la reina, y á su llegada á Pamplona tuvo una entrevista con Alberoni. Qué pasó allí, se ignora; pero lo cierto es que Isabel de Farnesio, prevenida ya, desde antes de su salida de Parma, contra la princesa de Orsini, fortalecida en su enemiga por la viuda de Carlos II, á quien visitó á su paso por San Juan de Pié de Puerto, decidió allí, sin duda, por instigacion de Alberoni, deshacerse de la camarera mayor en la primera oportunidad: Salíó la de Orsini hasta la Jdraque para

recibirla, no sin grandes recelos é inquietudes; y en la presentación, dando Isabel sentido equivocado á una frase que la dirigió aquella, le replicó de mala manera; quiso la princesa explicarse y defenderse; pero al punto la reina llena de ira gritó: «Fuera de aquí esa loca, que se atreve á insultarme,» y siguiendo el ejemplo á las palabras, la empujó violentamente por la espalda hácia la puerta. Mandó venir al jefe de la guardia, y le dió la orden de sacar á la princesa de palacio y conducirle á la frontera sin darle tiempo ni aun para cubrir sus hombros con un abrigo. De esta manera, en la noche del 24 de diciembre de 1714, con un frío espantoso, salió desprovista hasta de lo más indispensable, camino de Francia, la célebre princesa para no volver mas á aquella España á la que tanto amó y por la que tanto hizo.

Qué parte tuvo Alberoni en esta inesperada y violenta resolución de la reina, cosa es que no puede fijarse; pero atendida la ambición del abate, que podía temer en ella un rival para sus proyectos, es muy de suponer que previniere su ánimo en contra de la de Orsini hasta el punto de hacerle tomar una medida tan cruel, atendidas las circunstancias.

Libre Alberoni de su competidora, principió su favor y privanza con los reyes; y sin dejar de ser representante de Parma, quedó de hecho constituido en el cargo de primer ministro de Felipe V. «Pronto, dice un ilustrado escritor de nuestros días, se vé la Europa hondamente agitada y de nuevo revuelta á impulsos de un génio turbulento, que embaraña á todas las naciones, que halaga con la Sicilia al duque regente de Francia, y fragua conspiraciones en París para desposeerle de la regencia; que promete á Inglaterra y le busca enemigos en Escocia; que entretiene y engaña á Holanda, que auxilia á Venecia contra el turco, que suscita en todas partes enemigos al imperio, que convida á Ragotzy á posesionarse de la Transilvania y á inquietar la Hungría que proyecta con Rusia y Suecia una expedición contra la Gran Bretaña, que lucha con Francia en el país vasco y en Cataluña, con Inglaterra, Holanda y el imperio en el Mediterráneo, que promueve alianzas y tratados, que atreviéndose á rasgar las estipulaciones de Utrecht, reclama para España las posesiones allí cedidas, que reconquista á Sicilia y Cerdeña, que levanta formidables ejércitos de tierra y hace respetar otra vez el pabellon español en las mares, que reinstala el génio de España y le restituye un puesto importante en el sistema político de Europa.» El tratado de Utrecht habia despojado á Felipe V de sus derechos á la Francia, de la posesión de Gibraltar, Menorca, Sicilia, Nápoles, el Milanesado, la Cerdeña y los Países Bajos; y Alberoni que lo consideraba humillante para la nación se propuso destruirlo. A esto se encaminaron todos sus esfuerzos, y esta fué también la causa de su ruina; pero no sin que antes hubiese conseguido, en parte, la realización de sus colosales proyectos. La marcha política inaugurada por este turbulento abate, como que era hasta cierto punto la realización de una idea dominante, de un pensamiento fijo é invariable de Isabel Bayesio: el de recuperar las posesiones de Italia para entronizar en ellas á sus hijos, la vemos continuada con perseverancia por todos los ministros españoles, durante un largo período, hasta que, al fin, dos Barbones se asientan en dos caballos de la península.

No fué, sin embargo, Alberoni feliz en sus empresas, porque se formó una terrible coalición contra él, á consecuencia de la traición, los azares de la guerra, los dispendios y la falta de energía de Felipe V. Ni tampoco pudo perseverar por sí, porque la Cuadruple Alianza puso por condición para acceder á la paz su alejamiento de los negocios, y el rey accedió. Pero el impulso estaba dado, y en Madrid quedaba quien había de continuar aquella comenzada obra hasta verla rematada. La grandeza de alma de

que, durante aquella guerra sangrienta, dió tantas pruebas, infunde admiración y respeto; á Alberoni con la imaginación fija en el porvenir, el corazón lleno de vida y de entusiasmo, y la voluntad firme é inquebrantable, menos le alentaban los triunfos que los contratiempos; y conociendo los inmensos recursos de la nación, y el carácter de sus hijos, cada revés era para él como una descarga eléctrica que sobrescitaba su valor y su ardimiento.

Pero las luchas en que se vió envuelta España, los formidables aprestos de mar y tierra que, como por arte mágico improvisaba este génio creador, las intrigas de la diplomacia, no eran bastantes para distraerlo de los negocios interiores. Laborioso, hasta el extremo de trabajardiez y seis horas seguidas en el despacho, para todo tenía tiempo. Aminoró los impuestos, hizo que el clero contribuyese á las cargas del estado, fomentó la agricultura, verdadera fuente de la riqueza en España, protegió la industria, hizo establecer fábricas de cristales y de paños, trajo de una sola vez cinco mil familias de Holanda provistas de los útiles necesarios para emplearlas en los telares, obligó á las monjas á trabajar en hilados, y ocupó á los espósitos en los talleres. Al caer Alberoni la nación disfrutaba de paz interior, y á pesar de todos los contratiempos sobrevenidos tenía marina y un ejército de sesenta mil hombres.

Tendríamos que escribir centenares de páginas para poder enumerar todos los sucesos notables, todas las intrigas, todas las reformas, todos los adelantos que tuvieron lugar en el corto período de cinco años que duró su influencia en los consejos de Felipe V; pero los estrechos límites de que disponemos nos impiden tratarlos con el debido detenimiento, y nos obligan, bien á nuestro pesar, á contentarnos á hacer un rapidísimo bosquejo de ellos, porque siendo tantos y tan importantes, y estando tan ligados entre sí, y además con la historia general de Europa, no permiten término medio: ó han de narrarse á grandes rasgos ó con mucha prolijidad. Sin embargo, hay un hecho en la vida de este hombre extraordinario, su elevación al cardenalato que debe eximirse de esta regla, porque las circunstancias con que se verificó y los medios de que se valió para obtenerlo, sirven para darlo á conocer mejor.

Era la púrpura objeto preferente de la ambición de Alberoni, pero ¿de qué medio valerse para obtenerla? ¿qué meritos hacer con la corte pontificia para alcanzar esta elevada gerarquía? Dos se ofrecieron y ambos los aprovechó.

Habíase dejado caer el turco sobre los estados de la república veneciana, y el Austria, temerosa de que España, si ella se empeñaba en guerra extranjera, quisiese arrebatarse sus posesiones de Italia, no queria ir en su socorro; el pontífice entonces, hizo un llamamiento á las naciones católicas, y Alberoni despachó una armada que hizo levantar el bloqueo y el sitio de Corfú. Hallábanse también por aquel tiempo, rotas las relaciones entre España y Roma por causas que sería prolijo enumerar, y se habían llegado á agriar de tal manera que se hacia indispensable un arreglo que pusiese fin á la discordia. Alberoni ofreció entonces su mediación. No nos detendremos á examinar ni mucho menos á discutir si la solución que consiguió dar el abate á este negocio fué mas ó menos contraria á las regalías de la corona, por ser ese punto de las regalías muy cuestionable y además ageno de este lugar, lo que sí diremos, por ser ese nuestro propósito es que Alberoni desplegó una actividad y puso en juego unos amaños de tal naturaleza que bastarían por sí solos para reputarlo de astuto y sagaz como ninguno.

Tenia por aquel tiempo prevenida una poderosa escuadra y un ejército de desembarco en Barcelona, cuyo destino á nadie revelaba; pero sí se hablaba en el concepto de que aquellas fuer-

zas deberían encaminarse á Nápoles, al punto combatía la especie enérgicamente sosteniendo con *razones* que no tenían réplica que la España carecía de los medios necesarios aun, para empeñarse en guerras con naciones poderosas. Mas si bien no decia el objeto de los armamentos, dejaba entrar que los destinaba al socorro de los venecianos, amagados por el turco, y cuya proteccion habia ofrecido á Su Santidad y empezado á cumplir. Por este medio contrala méritos con Roma, á causa de las esperanzas que le daba; y como, además no dejaba de la mano las negociaciones del arreglo, cuando estas llegaron á sazón hizo salir para la ciudad eterna al cardenal Altobrandi para que, *verbalmente* tratase con el Papa de las proposiciones de España, y le indicó que era condición indispensable para que todo quedase terminado le trajese el capelo á su vuelta. Los turcos amagaban á la república veneciana, el Pontífice temia por la suerte de la Italia, y Alberoni tenia en Barcelona una flota y un ejército prevenido, segun era fama, para defenderla; España estaba, desde hacia tiempo desavenida con Roma; el desacuerdo habia llegado á tomar grandes proporciones, y Alberoni con su mediacion, halagando á unos, amenazando á otros, y disimulando á todos, tenia el arreglo en su mano. En recompensa solo queria el abate un *sombrero* y lo tuvo; pero no bien lo recibe, quitándose la máscara dá orden á la escuadra de hacer rumbo á Cerdeña, y arrancarla, por sorpresa, de la corona del imperio.

Habíanse restablecido las buenas relaciones entre Roma y Madrid, cuando los buques se dieron á la vela; pero el Pontífice, al verse engañado á la faz de la Europa por el nuevo cardenal, se netó á caserle las bulas para el arzobispado de Sevilla, á que don Felipe lo elevó. Sintióse ofendido á su vez, con esta negatva y amenazó con que si no se despachaban las bulas, volverian á interrumpirse las relaciones; y como se ratificase cada uno en su propósito, se retiraron los embajadores y volvieron las cosas á su primero y triste estado. Años despues, recordando Alberoni las peripecias de esta famosa intriga para obtener el capelo, no pudo menos que decir: *Quánta fatica, quánto pensiero, á quánto azardo non mi costò!*

Resuelto Felipe V, como ya dijimos, á negociar la paz, determinó deshacerse del cardenal, único obstáculo que, para su realizacion, le oponían las potencias aliadas. Trató Alberoni de remediar su desgracia; pero todo fué inútil; y cayó con la misma rapidez con que se habia elevado, á consecuencia de un real decreto en el que le prescribia S. M. cesar inmediatamente en el despacho de todos los negocios que estaban á su cargo, y salir de la península en el espacio de tres semanas. En su obedienciamiento marchó de Madrid el día 12 de diciembre de 1719 camino de Francia, embarcándose en Antibes, la vuelta de Génova. «De la caída de Alberoni, dice un historisder español, se regocijaron unos, celebrando como uno de los dias mas felices aquel en que le vieron salir de España, lamentáronla otros muchos, pregonando que, con él habian perdido el monarca y la monarquía uno de los mejores ministros que se habian conocido. Y no se le puede negar la gloria, añade el marqués de San Felipe, que en verdad, no era apasionado suyo, de que, los tres enemigos irreconciliables de España, el emperador, el duque de Orleans y la Inglaterra se conjuraron para sacarlo de la península.»

Pero no bien llegó á la república el cardenal, cuando cayeron sobre él todos sus enemigos. El duque de Parma, el Papa, el rey de España, lo agobiaron de acusaciones, y á instigacion de Su Santidad el gobierno de Génova lo redujo á prision, considerándose esta por el cardenal Imperiali, como importantísima á la iglesia, á la Santa Sede, al sacro colegio, á la religion católica y á toda la república cristiana. Además, Felipe V pretendia que se le despojase de la púrpura y se le encerrase para siempre en una fortaleza. Este universal encarnizamiento, mas que animadver-

sion y odio, prueba el temor que todos le tenían, aun viéndolo en la precaria situacion en que se hallaba. Formuló el pontífice en apoyo de su demanda un capitulo de cargos; mas como no los considerase bastante probados, el Senado de Génova, despues de una corta detencion lo puso en libertad, si bien haciéndolo salir desterrado de la república. Imposibilitado entonces Alberoni de permanecer allí, lo mismo que ya lo estaba de habitar en Parma, Roma, Napoles, Milan y todos los territorios de las potencias signatarias de la Cuádruple Alianza, se refugió en Suiza; pero lo hizo de una manera tan sigilosa que desorientó á todos acerca de su paradero hasta que el año de 1724, con motivo de la muerte de Clemente X. acudió al cónclave para elegir sucesor. El nuevo Papa lo autorizó á quedarse en Roma, pero no pudo prescindir de nombrar una comision de cardenales para que entendiesen en su causa. Alberoni se defendió de los grandes y graves cargos que se le habian hecho y lo hizo con la habilidad propia de su carácter, sentando que, muchas veces las cosas mas falsas y equivocadas cuando no encuentran impugnadores, llegan á tomar cuerpo y consistencia de verdaderas, lo cual es no solo injenioso sino tambien cierto. La comision sentenció al cardenal á tres años de reclusion en un convento; pero el Papa lo indultó de las dos terceras partes de la pena, y más adelante le confirió con toda solemnidad el capelo.

Poco á poco fué Alberoni saliendo de su aislamiento, reconquistando amigos y adquiriendo influencia hasta el punto de que á no haber mediado la Inglaterra, se hubiese visto de embajador de España en la ciudad eterna. Pero, por mas extraño que parezca esto no lo es tanto si se advierte que, con sus manejos pudo conseguir al fallecimiento del duque de Orleans, que el gobierno francés le señalase una pension vitalicia de 85,000 francos; que el duque de Parma le autorizase para residir en sus estados; y que Benedicto XIV le confriese la vicodelegacion de la Romania.

Al fin, el 22 de junio de 1752, á la edad de 88 años, falleció en Roma este varon ilustre. Lord Macaulay, al concluir su biografía de Warren Hastings, emite un juicio que pueda aplicarse al cardenal Alberoni. Los que estudien su carácter sin prevenicion, dice, verán que los dos grandes elementos de toda virtud social, el respeto á los derechos de los demás, y la simpatía hacia los que sufren, le faltaban; que sus principios no eran muy rigidos ni su corazón muy tierno; pero sin embargo, no se puede contemplar sin admiracion la prodigiosa fecundidad de su ingenio, sus grandes dotes de gobierno... su indomable valor... su celo ardiente por los intereses del Estado, y la firmeza de carácter de que dió tantas pruebas en el poder y en la desgracia.

MARIANO JUBERIAS BEXDER.

Por creerlo de tanto interes para nuestros agricultores insertamos á continuacion la descripcion del ensayo de una máquina sembradora, que tuvo lugar el sábado 21 de corriente: en la posesion del Sr. Soriano, entre San Francisco y Portillo de Gilmón se verificó el ensayo de una sembradora inventada por el español D. Pedro Martinez Lopez, natural de Villahoz, provincia de Burgos, hermano político del ex-ministro D. Cirilo Alvarez. A mas de ser pública la entrada, fueron invitados los directores de los periódicos y diferentes personas, entre ellas el que suscribe, habiendo asistido el ex-ministro ya citado, el marqués de los Castillejos, los ex-diputados y grandes agricultores Sres. Mansi y Alfaro D. Agustín, una comision de la Sociedad Económica Madrileña, compuesta de los Sres. Casas, Ramirez Arellano y Agnado, el profesor de agricultura Sr. Blanco y los representantes de la prensa Sres. Castelar, Pona, Raturra y otros. Siendo muy reducido el espacio de tierra des-

tinado á funcionar la máquina, duró poco el ensayo, llegando yo tarde; pero por el examen minucioso que hice de la sembradora, de su mecanismo, de la disposición en que dejó la siembra, é informes de personas inteligentes, teóricas y prácticas, cotejándola con la francesa que he usado y la multitud de diversas naciones que vi en la Exposición de Londres, parecióme, y esta es la opinión general de los concurrentes, que el Sr. Martínez, ha logrado dar un paso notable sobre todos los constructores extranjeros en la perfección de las máquinas de sembrar, sin embargo de que el juicio sería más seguro si la viese funcionar en mayor estension de terreno y en tierras de diferentes condiciones, ligeras y fuertes, mullidas y con algunos terrones, limpias ó con yerbas y raíces, sin piedras y con ellas.

Pues si es cosa sabida que todas las sembradoras funcionan mejor en tierras ligeras, mullidas, limpias de maleza y piedra; bueno es saber hasta que punto puede prescindirse de esas circunstancias favorables para toda clase de máquinas. Hasta aquí las sembradoras, aunque tenían un regulador para que la simiente cayese más ó menos espesa, á voluntad, lo que se consigue felizmente con una compuerta ó tapa que deja más ó menos grande la abertura de salida, según la especie de semilla y el juicio del labrador, el chorro, si bien en línea, era continuo, más ó menos claro. Pero el Sr. Martínez, y este es el progreso más notable de su máquina, por el ingenioso mecanismo de un disco de unas ocho pulgadas de diámetro, con ocho agujeros de salida para el grano, colocado detrás de cada tubo de salida, ha logrado que puedan caer tres ó cuatro granos de semilla en cada golpe, pero á distancia de cuatro ó cinco pulgadas de uno á otro golpe, pudiendo ser doble esta distancia si se obstruyen la mitad de los orificios de salida del grano y á un cuádruple la distancia del chorro ó golpe de semilla si los discos se colocan más atrás sobre el eje de las grandes ruedas de la máquina.

Otra mejora es que las rejas que ahren los surcos donde cae el grano pueden ir más ó menos profundas á voluntad, con solo levantarlas ó bajarlas por medio de sus correspondientes tornillos. Agréguese la sencillez, y al parecer la resistencia de la máquina, su menor costo sobre las conocidas, calculado en 500 ó 550 francos para una de cinco rejas; y que estas con escaso aumento de precio pueden ser de siete, nueve ó más, así como pueden construirse más ó menos separadas, y se tendrá una idea de las ventajas que lleva, según puede deducirse de un simple ensayo, y no de un uso repetido, sobre todas las conocidas, entre las innumerables, inglesas, francesas, alemanas y del Norte-América; juicio que no me atrevería á formar si no estuviese apoyado por los juicios franceses en las concursos regionales de Chartres y de Nevers, concediendo el primer premio al Sr. Martínez, con ser español, y que lleva tanto á España, como á la justificación francesa, en esta como en muchas ocasiones acreditadas.

Yo me permití proponer algunas mejoras, quizá no despreciables, aunque meros accidentes del invento que acogió benévolamente el inventor, tales que las rejas sean de hierro dulce, más puntiagudas y más inclinadas para que hallen menos resistencia en la tierra, en las raíces y en las piedras; que los tubos por donde sale el grano, que ya pensaba el separarlos de las rejas, se hiciesen en la parte superior que va delante; que las rejas disten más entre sí, porque por los surcos salen demasiado juntos, y si pueden sin uso las intermediarias saldrían demasiado juntos; y que en vez

de la rastra dentada posterior, acaso sea preferible un rodillo de madera con puas de hierro, que yo he agregado á mi sembradora. Estas innovaciones facilísimas de hacer, aun siendo ventajosas, en nada rebajan al mérito del invento, cuya esencia no se toca. Con ese motivo vimos entre otras máquinas del Sr. Soriano, que goza ya de gran reputación por sus armas perfeccionadas, un molino harinero de su invención que está acabando, y de que debe ocuparse la prensa, cuando se le vea funcionar. Con la fuerza de tres caballos de vapor y un coste de 14.000 reales, se propone moler siete fanegas de trigo por hora. Siguió un espléndido buffet con que obsequió á los convidados el inventor, y en él los brindis.

El Sr. Ramírez Arellano, por los españoles que contribuyen al progreso de la agricultura, perfeccionando las máquinas; el inventor Sr. Martínez, por el desarrollo agrícola; el Sr. Butunaira, por los inventores de toda clase de máquinas, citando una de un español sensiblemente olvidado bajo el absolutismo de Fernando VII en los sótanos del Conservatorio; D. Lorenzo Rojo, en verso, porque el inventor lograse con la gloria provecho; y el que suscribe, por los españoles que con su genio y perseverancia han dado muestra de la cultura española, ganando premios en los concursos extranjeros científicos é industriales, y por el Sr. Martínez, que á mas de haber obtenido aquel láuro, dió ocasion á que un profesor frances reconociese que el primer inventor de máquinas de sembrar fué el español Encatello á fines del siglo XVII, medio siglo ántes que ningún extranjero.

ANTONIO DE COLLANTES Y BUSTAMANTE.

A los brindis que se citan en la anterior reseña debemos añadir el segundo del Sr. Arellano, que por delicadeza suprime el Sr. Collantes. A éste iban dirigidas las sentidas frases del Sr. Ramírez Arellano, comisionado de la Sociedad Económica Madrileña, recordando los grandes servicios prestados por el Sr. Collantes, el cual ha contribuido al progreso inmenso industrial y agrícola, tanto con sus constantes escritos, como con su capital, arrojando los gastos de toda clase de ensayos.

POESIAS.

A QUINTANA.

El poivo ha vuelto al poivo; mas al cielo radiante y libre se elevó su alma.
Yo te canté cuando el laurel sagrado su venerable frente sombreaba:
te canto ahora que envidiosa muerte lo envuelve y cubre con tímida opaca; ofrenda puesta á su virtud debida, y que su genio es idéntico reclama.
¡Anciano! tu deber sobre la tierra cumpliste ya: la libertad, la patria, el saber, el honor, tu excelso nimen con entusiasmo universal aclaman.
Cumpliste tu deber, luego espiraste; así á la voz de plácida mañana despierta el sol y su brillante cerro sobre las nubes de la noche lanza: un piélagos de lumbre son los vientos, y al himno celestial de la alborada sube triunfante en majestad vestido al trono del cenit: su viva llama fecunda el orbe, y descendiendo grave] el monte dobla y su fulgor apaga.
¡Oh, cuán dulce es morir, si sobre el techo

la gloria tiende rutilantes alas!
Si en torno suenan en concierto amigo
bendiciones sin fin, tiernas plegarias!
Otros coronen de ciprés sus sienes,
sus liras ornen con adelfa amarga;
yo no te lloraré. ¿Ni cómo el llanto
al mirarte dichoso derramara?..

Mas allá de los límites del mundo
un alcázar sublime se levanta,
donde se encumbran al dejar la tierra
los vates dignos de pulsar el arpa.
Allí es eterna la diurna antorcha,
allí es eterno el suspirar del aura,
siempre feliz la primavera ríe
y el fruto encorva la fecunda rama.
Ecos armoniosos y perdidos
bajo techumbres ponderosas vagan,
gratos perfumes el ambiente lleva
que mientras mas se aspiran, mas encantan:
no existen horas que la vida cuenten,
y en él su régio trono alzó la fama.
Es la fama un espíritu divino
un ángel inmortal, un ser que abarca
con vuelo infatigable el universo
y el generoso corazón inflama.
Ante él la sombra de la noche es día,
las densas nieblas de los siglos rasga,
oye el suspiro de la tierna virgen,
oye el clamor de funeral batalla,
cántalos luego con sonora trompa
y á la futura edad suspende y pasma.
Ensalzará ese espíritu el ilustre
nombre tuyo, Poeta: en las nevadas
áridas cumbres de polares montes,
en el indico mar, en la abrasada
playa del africano, donde alcanzen
los ecos de la lengua castellana,
por siempre sonará; ¡siempre un recuerdo
á la virtud la humanidad consagra!

Alta es la gloria del sublime Dante,
del grande Herrera y Milton y Petrarca,
de Píndaro y Maron y el padre Homero,
¡entre ellos brillas tú, noble Quintana!
¡Ah! no pongais en su sepúltero flores,
no en el mármol graveis sus alabanzas;
sobre su tumba el álamo robusto
mueva las hojas de luciente planta:
su mismo nombre su alabanza sea;
¿qué padreis añadir? Su nombre basta.

Hermosura gentil de rosa y nieve,
valor insigne que al tirano espanta,
invenciones benéficas al hombre,
armonías que el ánimo arrebatan,
prodigios de natura... enajenado
¿quién hora os pintará? Yace callada
su voz, su yerto pecho no respira,
vencedora la edad heló su llama.
Suyo era el cetro del Parnaso ibero,
¿quién hoy lo empuñará con diestra osada?
¡Jóvenes vates! Cuando en otros días
en la olímpica arena se lanzaba
al suspirado premio el ráudo atleta,
llevaba fija en él tenaz mirada,
sudor ardiente en los nerviosos miembros,
comprimido el aliento en la garganta;
anhelante, brioso, en pos del triunfo
cual huracán indómito volaba,
y tocando en el término, ceñía
de firme encina la silvestre rama.
¿Os deteneis vosotros? ¿Por ventura,
asuntos dignos á la lira faltan?
¡Oh Dios! ¡Oh cielo! ¡Oh mundos del espacio!
Vuestras grandezas desplegad: el alma
absorta, muda, arrebatada os mire,
y á regiones de luz tienda sus alas.
La inmensidad nos sigue y nos rodea,
la belleza do quier muestra sus gracias.

Dirviendo el mar al combatir la roca,
Dios, Dios, retumba la desierta playa,
y el mismo nombre trémulo murmura
débil insecto entre la humilde grama.
Esta creencia universal, eterna,
¿será tal vez quimérica esperanza
Desde la cuna á la forzosa tumba
el agitado corazón la halaga;
si incierta fuera, ¡con afán perenne,
con fanático amor no la abrazara!
Y esos mil orbes que los aires pueblan
quizá hollados serán de humanas plantas,
de hermanos nuestros que apartados viven
también gimiendo por su antigua patria.
¡Oh creación! Unánime concierto
do todo nace de la misma llama,
y todo existe, y envejece, y muere,
y al mismo fin y término se lanza!
Si bellezas buscáis, mirad en torno.
Es la noche: la brisa regalada,
dejando el cáliz de las flores, vuela
leve y sutil y rica de fragancia:
del saúce bajo el lánguido ramaje
duerme la ola cristalina y blanda,
y cerca al lago la ribera verde,
y sueña el pescador en su cabaña.
De ella una virgen dolorida sale,
sueñas las trenzas por la airosa espalda:
sencilla cruz allí sus brazos tiende
sobre peñas y conchas hacinadas:
la virgen llora y póstrase abatida
suspirando una mística plegaria:
la luna en tanto desde el alto sólio
con tibia claridad su frente baña.
O de la aurora las suaves tintas,
ó de la tarde la tristeza vaga,
ó la naciente primavera dulce,
ó del otoño las marchitas galas,
jóvenes vates, contemplad: la mente
busque de la verdad la lumbré clara:
seguid la senda que á la gloria lleva:
no degradeis la inspiración sagrada,
y el que descuelle como cedro erguido,
pulse la lira que pulsó Quintana.

NARCISO CAMPILLO.

Sevilla.

A J. P.

Hermosa luz que ilumina
el cielo de mis amores,
bella reina de las flores
y encanto del corazón.
Imágen do se retratan
los mas amantes hechizos,
virgen de los blandos rizos
y consuelo á mi pasión.

Deja que al recuerdo tuyo
entusiasmado me inspire,
que tus encantos admire,
tributos rindiendo así.
Pues tu angélica hermosura
bien merece, prenda mía,
que torrentes de armonía
mi lira vierta por tí.

Y tú solamente puedes
inspirar tanta grandeza,
porque en tí todo es belleza
y todo respira amor.
No sabes cuan angustiada
es con la ausencia mi vida,

en donde voga perdida
de mi existencia la flor.

En vano busco consuelo
para tanta desventura,
solo el llanto y la amargura
se me presentan do quier.

Y entre las sombras opacas
que aumentan duros enojos,
se presenta ante mis ojos
la sombra de una mujer.

Voy á tocarla y entonces
desaparece al momento,
dejando en mi pensamiento,
el nombre de quien huyó.

El tuyo; nombre adorado
que en mi corazón se encierra...
lo que mas quiero en la tierra
así lo conservo yo.

GABRIEL BUENO.

OBSERVACIONES SOBRE LA MENDICIDAD.

I.

Discurriendo sobre la elección de un asunto digno de ocupar las columnas de nuestro periódico, no ha podido ménos de fijar nuestra atención el triste cuadro que por do quiera nos presenta el gran número de pobres que, pululando en calles, plazas y paseos, y haciendo alarde de sus miserias, parece que se presenta como un fantasma acusador de la sociedad que, caminando sin parar á su mejoramiento indefinido, deja en pos de sí sin resolver, despues de tantas tentativas para ello, el terrible problema social, *el pauperismo*, ese cáncer que la ha corroido y corroe.

Empresa árdua es tratar de una cuestión que, mas de una vez, ha ocupado á los mas eminentes estadistas y economistas. Muévenos, sin embargo, la confianza de que nuestros lectores serán indulgentes con nosotros, en gracia de nuestro buen deseo.

Quién no habrá parado alguna vez la atención en la desproporcion que existe entre la demanda de operarios para todas las industrias en general, y la oferta de los mismos? ¿Y quién no habrá pensado al mismo tiempo que, en vista de esto, no puede explicarse racionalmente ese incesante crecimiento de la mendicidad?

Estas consideraciones nos han movido á bosquejar, si quiera tosca y lijera, la pobreza en sus diferentes fases, y los medios, con que el hombre en particular y la sociedad en general cuentan para hacer frente á ese mal inevitable que acompaña á la humanidad de una manera fatal, como recordándole su imperfeccion é impotencia.

Cierto es que Dios, en su infinita bondad y sabiduría, ha puesto al lado de nuestros males los medios de comba-tillos y así, al lado de la pobreza colocó la caridad; mas como el hombre es finito y como tal, imperfecto, examinaremos si esa celestial medicina la cumple enal se debe para llegar al resultado apetecido, á la radical curación de esa llaga de la humanidad.

Es innegable que de todas las virtudes, la caridad es la mas grata y espasiva, y al paso que las demás puede de-

cirse que forman la valla dentro de la cual han de moverse nuestras pasiones, constituyendo la idea estricta del deber, ésta en su espontaneidad, en su absoluta libertad, encierra mas que otra alguna el gérmen de la sociabilidad, establece entre los hombres afectuosas relaciones, y aun en las almas mas corrompidas, enjendra, por la gratitud, lazos indisolubles entre el bienhechor y el socorrido. Mas á pesar de todas las excelencias de esta virtud, ¿estará exenta siempre su práctica de exageracion, al aplicarla al socorro de los necesitados? Y aplicada indiscretamente, ¿podrá producir un fin opuesto al que se propuso el que la ejercitó?

Para examinar cual corresponde estos puntos, haremos de la caridad la oportuna clasificacion, y mirándola bajo los dos aspectos en que la sociedad la admite, veamos de que modo podrá llegarse al fin anhelado por los que se con- duelen de las clases pobres.

La caridad puede mirarse bajo dos aspectos: como virtud individual, y como virtud social. En el primer caso, conserva su bello nombre; en el segundo no, y recibe los de *caridad legal*, *caridad oficial*, y, propiamente, *beneficencia pública*. Hemos dicho propiamente, porque cuando esta virtud, que consiste en tomar parte en los infortunios ajenos é imponerse privaciones para su alivio, sale de la esfera privada y toma un carácter oficial, ya no puede llamársela *caridad*, pues esta es solamente tal, en tanto que parte del corazón sin que el cálculo entre en ella para nada. La caridad oficial, y por lo tanto, forzada mas ó menos directamente, es un impuesto, y su misma ejecucion la hace perder su carácter. Así que, á esta caridad pública ó social, la designaremos con el nombre mas adecuado que puede dársele: con el de *Beneficencia pública*; frase en la que comprendemos todas las formas de la caridad, en cuya ejecucion interviene mas ó menos el Gobierno.

Hecha esta division conveniente á nuestro propósito, inquiramos el origen de la pobreza, las distintas fases que sucesivamente nos ha presentado y presenta, y cuáles son los medios que la sociedad ha usado para combatirla con éxito, y en vista de ello, si tan heróicos esfuerzos se han visto coronados de un resultado satisfactorio.

En los números siguientes procuraremos desarrollar las ideas emitidas hasta aqui.

(Eco de Guenca)

El sorteo de los treinta regalos pertenecientes al mes actual, tendrá lugar el 30 del mismo.

Se advierte que el número del medio billete para Navidad es el 14.520, para los que han tomado parte en los recibos de los nueve regalos y para los que han renovado la suscripción por el año próximo de 1864, con arrego al último prospecto publicado.

Editor responsable: D. José Sanchez.

MADRID, 1863.—Imprenta de J. M. y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15, bajo.